

CRISTO Y SU IGLESIA:

Cómo encontrar a Jesús hoy



1. La pregunta pertinente sobre la Iglesia
2. ¿Quiso Cristo la Iglesia?
 - 2.1. El método humano de pervivencia: la comunidad de seguidores
 - 2.2. Las raíces de la Iglesia: fuentes históricas
 - 2.3. La conciencia de Iglesia: los primeros pasos
3. ¿Hace la Iglesia lo que hizo Cristo?
 - 3.1. Los rostros de la Iglesia: un tesoro en vasijas de barro
 - 3.2. ¿Por qué hoy no se percibe así la Iglesia?
4. El único camino, el camino comunitario de la experiencia
5. Conclusión: ante las palabras y los gestos

LA IGLESIA: CÓMO ENCONTRAR A JESÚS HOY



Después de un recorrido que nos ha llevado a la tierra de Israel, con una distancia de dos mil años que nos separa, tenemos que preguntarnos qué tiene que ver aquello con nuestra vida de hoy. Dos pensadores, ya en los siglos XVIII y XIX, se planteaban esto mismo. Por un lado, Lessing, escribe:

“Las verdades contingentes de tipo histórico no pueden convertirse en una prueba de verdades necesarias de tipo racional [...] Pasar de esa verdad histórica a una clase totalmente distinta de verdad y pretender de mí que tenga que configurar todos mis conocimientos metafísicos y morales en conformidad con ella [...] exige de mí [...] que modifique según ella todos mis conceptos fundamentales de la divinidad [...] Éste, precisamente éste, es el maldito foso que no consigo saltar, a pesar de los numerosos y penosos esfuerzos que he intentado realizar”

Este es el primer obstáculo: ¿cómo fundar mi vida, el sentido de mi vida —con sus anhelos, sus proyectos, sus razones— en una *verdad histórica*? Puedo dirigir mis pasos en la existencia según un *principio* (moral) o una *convicción* (una verdad racional necesaria) pero no puedo ni podré nunca regir mi vida por un *hecho*. Un hecho acontecido, por otro lado, en la lejanía, en un escenario en el que no he participado como actor ni espectador y en el cual no me he visto implicado sino de forma accidental, por mi circunstancia geográfica, cultural e histórica.

La segunda *distancia*, por razones semejantes, es la que señala Kierkegaard:

“Se da en la cristiandad una perenne charlatanería de domingo acerca de las gloriosas e incomparables verdades del cristianismo, de su dulce consuelo, pero se nota muy bien que ya hace mil ochocientos años en que Cristo vivió: la señal de escándalo y el objeto de fe se ha convertido en la más fantástica de todas las figuras fantásticas, en un hombrecillo adorable”

La franja de tiempo ha despojado a Jesús de Nazaret de su pretensión, no haciendo mella a su verdad, sino debilitando su fuerza con respecto a nosotros, hasta el punto de convertirla en una caricatura: al no ser contemporáneos a Cristo, no acertamos a verlo y si lo hacemos, lo haremos desde una engañosa distancia que nos protege, nos libra del escándalo y trueca la imagen de Jesús en la de un «hombrecillo adorable».

LA IGLESIA: CÓMO ENCONTRAR A JESÚS HOY

La pregunta pertinente sobre la Iglesia

E. Lessing

Las verdades contingentes de tipo histórico no pueden convertirse en una prueba de verdades necesarias de tipo racional. [...] Pasar de esa verdad histórica a una clase totalmente distinta de verdad y pretender de mí que tenga que configurar todos mis conocimientos metafísicos y morales en conformidad con ella [...] exige de mí [...] que modifique según ella todos mis conceptos fundamentales de la divinidad. [...] Éste, precisamente éste, es el **maldito foso** que no consigo saltar, a pesar de los numerosos y penosos esfuerzos que he intentado realizar.

Escritos filosóficos y teológicos

S. Kierkegaard

Se da en la cristiandad una perenne charlatanería de domingo acerca de las gloriosas e incomparables verdades del cristianismo, de su dulce consuelo, pero se nota muy bien que hace ya mil ochocientos años en que Cristo vivió: la señal de escándalo y el objeto de fe se ha convertido en la más fantástica de todas las figuras fantásticas, en un **hombrecillo adorable**.

Ejercitación del cristianismo



La pregunta pertinente sobre la Iglesia

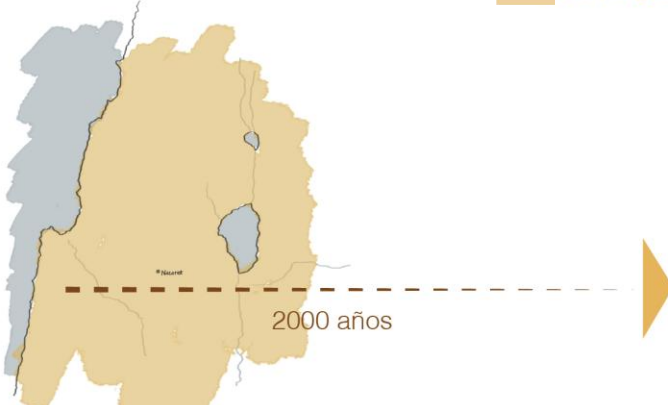
A lo largo de las Conferencias que han integrado este Seminario, el hilo conductor de todas ellas venía a ser más o menos explícito, el siguiente: la pretensión divina de Jesús de Nazaret. La pregunta que iniciaba el Seminario ¿puedo encontrar el sentido de mi vida?, nos condujo a un hecho histórico dos mil años atrás. Desde los comienzos del cristianismo Jesús era adorado como Dios por los cristianos, y esto se explicaba por la pretensión que el mismo Jesús tuvo a lo largo de su vida, durante los años que pasó enseñando y curando enfermos y desvalidos, y que lo llevó a ser condenado por blasfemo. Los hechos que siguieron a su muerte produjeron un efecto tremendo entre sus seguidores: salieron por todo el mundo a anunciar que Jesús estaba vivo, que había resucitado. Su resurrección era el mayor Signo que corroboraba su pretensión: Dios se había hecho hombre.

Pero esto sucedió todo hace dos mil años. Si la pretensión de Jesús de ser Dios-con-nosotros es cierta, ¿cómo se manifiesta hoy esa pretensión, cómo se hace presente hoy en día?

La distancia que señalan autores como Lessing o Kierkegaard es lo que pretende salvar la Iglesia, pues afirma que ella **hace presente** a Cristo de un modo **real y actual**: no se trata de relatar una y otra vez un “hecho histórico”, sino presentarnos a Jesús de un modo tan real que podamos encontrarnos, hoy, con Él. Ahora bien, la primera pregunta que tenemos que hacernos es: esta pretensión que tiene la Iglesia ¿de dónde le viene dada? En esta conferencia responderemos a dos preguntas: **¿Quiso Cristo la Iglesia?**, y **¿Hace la Iglesia lo que hizo Cristo?**


LA IGLESIA: CÓMO ENCONTRAR A JESÚS HOY

La pregunta pertinente sobre la Iglesia



1 ▶ ¿Quiso Cristo la Iglesia?

2 ▶ ¿Hace la Iglesia lo que hizo Cristo?



Antes de responder a estas dos preguntas, conviene que nos pongamos de acuerdo en qué idea tenemos de la Iglesia.

Cuando hablamos de “Iglesia” muchos pueden tener en la cabeza una idea distinta de los demás: algunos pueden verla como una ONG, como una Institución política, o cultural o educativa; o también como una mafia, pues muchas veces miembros de la Iglesia se han servido de la Institución para sus propios fines egoístas. Sin embargo, lo que tenemos que preguntarnos ante todo es ¿qué **pretende ser** la Iglesia?, y una vez que sepamos esto, podremos ver si las acciones de sus miembros se corresponden con esta pretensión, pero sobre todo, podremos saber si eso que pretende ser la Iglesia tiene algún sentido y nace de la misma pretensión de Jesús o no.

Así, si constatamos que la Iglesia realiza una actividad política o gestiona una economía o promueve manifestaciones culturales y artísticas o se compromete con un desarrollo social y con obras de beneficencia, educación y sanidad, debemos preguntarnos si lo hace porque son éstos sus objetivos últimos o porque tales actividades son consecuencia de su esencia y su misión; si lo hace porque, como Cristo, busca —o debe buscar— la justicia, el bien, el desarrollo integral de todos los hombres, porque en el fondo viene a salvarlos en el cuerpo y en el alma. Ésa es, en efecto, la pregunta capital, porque sucede que la Iglesia no se ha definido esencialmente nunca como un poder político —en el sentido común del término—, ni como una instancia económica, ni siquiera como una sociedad de beneficencia. La Iglesia se ha definido como algo mucho más complejo, arduo y escandaloso: como **la comunidad de los seguidores de Cristo, capaz de hacerlo presente a lo largo de la historia**. Esta definición puede encontrar fórmulas diversas según las épocas, pero nos parece que en esencia es común a los cristianos de todas ellas.



*“comunidad de los seguidores de Cristo,
capaz de hacerlo presente a lo largo de la historia”*

¿Quiso Cristo la Iglesia?

Si no tuviésemos constancia de que Jesucristo quiso la Iglesia, tendríamos un sinnúmero de hipótesis, y muchas de ellas serían válidas: podría ser que un grupo de personas buscó monopolizar el mensaje de Jesús, y hacer uso de él para los propios fines del grupo. O podría ser que los seguidores se inspirasen en los mensajes de Jesús y propugnaran un programa político o social. Podría ser también aquello que afirmó Alfred Loisy:

“Jesús predicó el Reino y vino la Iglesia”, es decir, el mensaje espiritual de Jesús fue malinterpretado por sus seguidores que no tuvieron mejor ocurrencia que organizar una institución ajena a la voluntad de su maestro. Incluso cabrían las hipótesis de tipo conspiratorio, como que la Iglesia la constituyeron unos hombres con afán de dominación, y por ese fin se ha movido a lo largo de la historia...

En caso de que Cristo sí hubiera deseado formar una comunidad de seguidores, podríamos preguntarnos ¿por qué?



No

- ▶ Malinterpretaron
- ▶ Se "inspiraron" en Jesús
- ▶ Se aprovecharon de la figura de Jesús para crear una estructura de dominación
- ▶ Etc.

Sí

- ▶ ¿Por qué habría de querer hacer algo así?

Alfred Loisy

*“Jesús predicó el Reino
y vino la Iglesia”*

El método humano de pervivencia: la comunidad de seguidores

Una constante en la historia es la relación maestro-discípulo. Buda, Pitágoras, Platón, Mahoma... cuando una persona ha querido transmitir una enseñanza que considerase muy valiosa, una verdad o una moral que no pereciera con el tiempo, nada más humano como llamar a otros, transmitiéndoles aquella valiosa enseñanza para que a su vez ellos las transmitan a otros, y aquello no acabase con la muerte del maestro. Jesús también parece haber hecho esto: reunió junto a sí a un nutrido grupo de discípulos, y escogió entre estos a doce, con quienes pasó más tiempo que con otros: con ellos vivió unos años, escucharon sus enseñanzas, comprendieron su misión y aceptaron vivir para ella.

El procedimiento, además, se basa en un acto de confianza mutua —del discípulo en el maestro al seguirlo, y del maestro en el discípulo al entregarle su legado—. Esa confianza, ciertamente, no garantiza un resultado infalible, ya que los discípulos con frecuencia tienen la tentación de apartarse de la doctrina del maestro. Pero no hay muchas otras alternativas para garantizar aquel fin.

Ante la posibilidad del discípulo de apartarse de las enseñanzas del maestro, podríamos preguntarnos: si Jesús es Dios, ¿no habría hallado un modo más “divino”, más seguro, de hacerse presente entre los hombres? Podría, por ejemplo, haberse quedado en persona y así haberse ahorrado tener intermediarios. Pero entonces tendríamos a un personaje de dos mil años de edad, sabio e inmortal...

¿Cuáles habrían sido, a lo largo de todo ese tiempo, nuestras reacciones?, ¿qué espacio habría dejado a nuestra libertad? Ese modo de permanencia sería tal vez divino, sobre todo sería extraño, pero desde luego no sería un modo «humano» de darse a conocer: los hombres no hacen morada en este mundo todo ese tiempo. En cambio, el permanecer en una comunidad y actuar a través de ella implica dimensiones profundamente humanas: no sólo la concepción universal de una cierta pervivencia en la posteridad, sino también la necesidad de un vínculo social para generar una realidad que trasciende a todos sus individuos, la identidad de un sujeto a través y a pesar del paso fragmentario del tiempo.

Ahora bien: la pretensión de Jesús al reunir discípulos no se queda en garantizar su recuerdo y guardar memoria de sus enseñanzas. De ser así no sería muy distinto de Pitágoras, Platón o Buda, y lo que conservaríamos de Él sería una doctrina o una moral particular. Jesús pretendió más y afirmó que se le podría encontrar en la comunidad de sus seguidores. Y encontrar de un modo literal, no metafórico. Ya veremos más adelante qué significa esto; pero por el momento, quedémonos con la siguiente idea: si Jesús no es Dios, entonces su promesa de hacerse presente en la Iglesia es pura ficción. Mas si Jesús es quien dice ser, entonces sus discípulos quizá sí sean capaces, como Él quiso, de hacerlo presente en cada momento.



Las raíces de la Iglesia: fuentes históricas

Para seguir con el método que hemos venido desarrollando a lo largo de este ciclo de conferencias, abordaremos ahora las fuentes históricas para ver si en ellas somos capaces de ver registrada esta **intención de Jesús** que la Iglesia le atribuye. Aquí cabría una objeción a nuestro proceder: se podría argumentar que puesto que la mayor parte de esos documentos son cristianos o «eclesiásticos» estarían viciados, es decir interesados en defender la posición de la Iglesia. Y desde luego así es. Pero también son ciertos dos hechos: el primero, que son esos mismos documentos los que nos dan a conocer a Jesús; y el segundo, que son tan antiguos que no sólo resultan anteriores a toda supuesta vinculación de la Iglesia con cualquier poder, sino que también son fuertemente dependientes de la persona y el mensaje de Jesús.

Teniendo esto presente volvemos sobre el Nuevo Testamento y encontramos a un Jesús, que, si bien predica a las multitudes (y esto lo diferencia de los rabinos), muestra interés en convocar a su alrededor a un grupo de personas, los llamados discípulos. De este numeroso grupo podemos distinguir 3 sub-grupos: los 72 varones que envía a predicar de dos en dos, el grupo de las mujeres que lo acompañan y lo sirven con sus bienes, y el de los doce apóstoles, con quienes convive dos o tres años y a quienes enseña con mayor detenimiento.

La relación de Jesús con estos grupos deja bien a las claras sus intenciones de constituir una comunidad estable que no sólo prolongue su enseñanza, sino que continúe también su obra y asegure su presencia en la historia. El grupo de los doce, destaca desde el comienzo en la vida pública de Jesús. Veamos este texto de Marcos:

“Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios: Simón, a quien puso el nombre de Pedro; Santiago el de Zebedeo, y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno; Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás y Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y a Judas Iscariote, el que lo entregó” (Mc 3, 13-19).

Que Marcos recoja este pasaje en los primeros capítulos de su evangelio es indicativo de la importancia que tiene el grupo de los Doce en la misma vida de Jesús: están con Él prácticamente desde el inicio, de modo que son testigos presenciales de sus palabras y sus obras.

Que Jesús haya subido al monte para escoger al grupo de sus discípulos más cercanos, evidencia un paralelo notable con otra escena similar en la historia de Israel: el momento en que Moisés sube al Sinaí. Y el hecho de que escoja a doce, y no diez o veinte, delata la intención de convocar, en los doce, a las doce tribus de Israel, el Pueblo de Dios. Marcos además, señala tres objetivos que persigue Jesús al constituir a los Doce:

- Estar con Él
- Enviarlos a predicar
- Darles autoridad para expulsar a los demonios

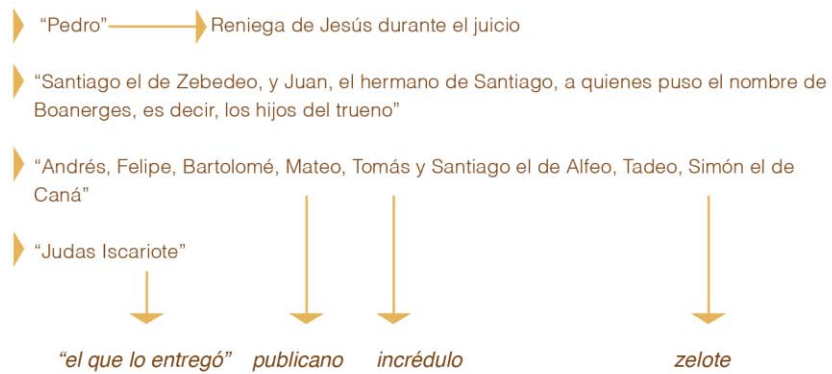
El primer “objetivo” es la condición de los otros dos: estar con Jesús es para los apóstoles (y para todo cristiano), la base de su fe y su misión: conocer a Jesús, tener con Él un encuentro personal es lo que le da consistencia a la predicación, de lo contrario ésta se reduciría a transmitir unas ideas o doctrinas.

En cuanto al poder de expulsar demonios, ya hemos visto en la quinta conferencia lo que esto significa: liberar a los hombres del mal. Según Marcos, Jesús habría querido compartir esto con sus apóstoles.



Por otro lado, basta con atender a los nombres de los discípulos: entre ellos, distinguiremos al que abandonó a Jesús y lo negó en la hora de la pasión, aquellos hermanos tan vehementes que Jesús apoda "hijos del trueno", o al apóstol incrédulo, al publicano, o al zelote. Jesús podría haber escogido a fariseos honrados y cultos como Nicodemo, o sus amigos más santos (a su propia madre, o los hermanos de Betania) sin embargo escoge a hombres que mostrarán continuamente sus ambiciones y defectos.

Este punto es muy importante porque muestra una de las convicciones más hondas de Jesús: sabe que viene a llamar a los pecadores. Pero también porque indica con claridad que la iniciativa es suya, no de los propios apóstoles, que por sí mismos seguramente habrían seguido otros criterios.



Las referencias al grupo de los Doce son abundantes; la autoridad que Jesús les otorga es distinta del resto de los discípulos, y así lo entenderá la primera comunidad cristiana que se formará en torno a ellos. El siguiente texto, de Mateo, alude a otra facultad que Jesús otorga a los apóstoles:

“En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en los cielos. Os digo, además, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18, 18-20).

“Atar y desatar” se refiere a la facultad de juzgar, es decir, Jesús confiere a los apóstoles la facultad de valorar los actos de los hombres. Esta autoridad de juicio está estrechamente relacionada con la capacidad de expulsar demonios, o sea, de liberar al hombre del mal. La tradición cristiana ha entendido esta doble facultad en relación al poder de perdonar los pecados. El final de la cita también es relevante: Jesús afirma que Él se hallará presente en medio de ellos, no como un simple recuerdo, sino con una presencia viva, análoga a la que tenía Dios en medio de Israel. De hecho, el trasfondo de esta palabra de Jesús es el contexto judío de la sinagoga: según la tradición judía, cuando diez hombres se reúnen a estudiar la Torah, la Shekinah (la Presencia de Dios) está en medio de ellos.

LA IGLESIA: CÓMO ENCONTRAR A JESÚS HOY

¿Quiso Cristo la Iglesia?



*Mt. 18,
18-20*

En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en los cielos. Os digo, además, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Mt. 18, 18-20

▶ “Atar y desatar”

▶ “Shekinah”

Aparte de los Doce, Jesús designa otros discípulos (los 72 que envía de dos en dos), y los Evangelios hablan de las mujeres que lo seguían y lo servían que sus bienes. La intención por parte de Jesús de formar una comunidad de seguidores es muy clara. Resulta muy significativo el siguiente pasaje:

“Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: <<¿Quién dicen la gente que es el Hijo del hombre?>>. Ellos contestaron: <<Unos, que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas>>. Él les preguntó: <<Y vosotros ¿Quién decís que soy yo?>>. Simón Pedro tomó la palabra y dijo: <<Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo>>.

Jesús le respondió: <<¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos>>.

Los primeros cristianos reconocieron la primacía de Pedro: el hecho que Jesús cambie el nombre de Simón en Pedro es un acto en continuidad con la acción de Dios en la historia de Israel. Dios cambia el nombre de Abram en Abraham, el de Sarai en Sara, el de Jacob en Israel... Este cambio de nombre indica siempre una **vocación y misión especiales**, y en el caso de Pedro, esta vocación es la de ser piedra de la comunidad de seguidores, a los que Jesús llama “mi Iglesia”. El término iglesia, del griego *ekklesia* –que significa asamblea –viene a traducir el hebreo *qahal*: precisamente el término que se utiliza en el Antiguo Testamento para hablar del pueblo de Israel cuando aparece reunido en la Presencia de Dios.

LA IGLESIA: CÓMO ENCONTRAR A JESÚS HOY

¿Quiso Cristo la Iglesia?

Hch. 1,
21-24

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: <<¿Quién dicen la gente que es el Hijo del hombre?>>. Ellos contestaron: <<Unos, que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas>>. Él les preguntó: <<Y vosotros ¿Quién decís que soy yo?>>. Simón Pedro tomó la palabra y dijo: <<Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo>>.

Jesús le respondió: <<¡Bienaventurado tú, Simón, **hijo de Jonás!**, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: **tú eres Pedro**, y sobre esta piedra edificaré mi **Iglesia**, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.

Gal. 2,9

- ▶ Jonás, Sumo Sacerdote
- ▶ Simón, “Tú eres Pedro”
- ▶ “Ekklesia” = “Gahal”



Por medio de estas referencias, podemos entender mejor los primeros pasos de la Iglesia, la conciencia que desde el comienzo tuvo de su misión. En los Hechos de los Apóstoles, antes de Pentecostés, los apóstoles, bajo la iniciativa de Pedro se reúnen, con la intención de llenar el vacío que ha dejado la muerte de Judas Iscariote:

“Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie con nosotros como testigo de su resurrección. Propusieron dos: José, llamado Barsabá, de sobrenombre el Justo, y Matías. Y rezando, dijeron: <<Señor, tú que penetras el corazón de todos, muéstranos a cuál de los dos has elegido para que ocupe el puesto de este ministerio y apostolado, del que ha prevaricado Judas para marcharse a su propio puesto” (Hch. 1, 21-24).

Con la conciencia de tener una misión común que los une, los primeros miembros de la Iglesia comparten la convicción de haber sido elegidos por Jesús para continuar su obra y hacerlo presente en el mundo. Poco a poco, se va desarrollando el aspecto jerárquico de la Iglesia, como narra San Pablo en esta carta a los Gálatas:

“Además, reconociendo la gracia que me ha sido otorgada, Santiago, Cefas y Juan, considerados como columnas, nos dieron la mano en señal de comunión a Bernabé y a mí, de modo que nosotros nos dirigiéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos” (Gal. 2, 9).

Nada más lejos a la realidad el creer que los primeros cristianos fueran en sus comienzos una comuna amorfa. Los Hechos de los apóstoles son un testimonio de esta conciencia que los primeros cristianos tienen de sí mismos, donde cada miembro cumple una función determinada, donde existe una jerarquía, se reparten las tareas y se acude a los apóstoles ante las dificultades que van surgiendo. Es ilustrativo el caso de Clemente Romano, tercer sucesor de Pedro en la Iglesia de Roma, que interviene en asuntos disciplinares y doctrinales ante los corintios. La Iglesia de Corinto, fundada por Pablo y con una personalidad muy fuerte, no duda en acatar las disposiciones de Clemente. El término apostólico referido a la Iglesia ya desde muy antiguo, es la garantía de que lo que se cree y lo que se hace está vinculado a Cristo a través del testimonio y la interpretación de la comunidad primitiva, la comunidad de los apóstoles.



Hch. 1, 21-24

“Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie con nosotros como testigo de su resurrección. Propusieron dos: José, llamado Barsabá, de sobrenombre el Justo, y Matías. Y rezando, dijeron: <<Señor, tú que penetras el corazón de todos, muéstranos a cuál de los dos has elegido para que ocupe el puesto de este ministerio y apostolado, del que ha prevaricado Judas para marcharse a su propio puesto” (Hch. 1, 21-24).



Gal. 2,9

“Además, reconociendo la gracia que me ha sido otorgada, Santiago, Cefas y Juan, considerados como columnas, nos dieron la mano en señal de comunión a Bernabé y a mí, de modo que nosotros nos dirigiéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos” (Gal. 2, 9).

- ▶ “Conciencia de una misión común
- ▶ Comunidad organizada
- ▶ Autoridad apostólica

¿Hace la Iglesia lo que hizo Cristo?

Jesús demuestra su intención de formar una Iglesia. Los discípulos y los primeros cristianos lo interpretan así y creen estar siguiendo el mandato de Jesús al reunirse en torno a los apóstoles. Ahora bien, una cosa es la intención y otra la realización efectiva de esa intención. Por eso debemos preguntarnos ahora una sencilla pregunta: ¿hace la Iglesia lo que hizo Cristo?

Uno de los reproches que continuamente se le hace a la Iglesia es el comportamiento de sus miembros, que en muchos casos va en contradicción con lo que predicaba Jesús. Si la Iglesia pretendiera ser la *comunidad de los puros*, de aquellos que viven en absoluta coherencia con los mandatos de su Maestro, entonces los reproches hacia la Iglesia estarían justificados. Es evidente que no todos los seguidores de Jesús han actuado en consonancia con su enseñanza (como es palpable, por otro lado, que ha habido otros que sí). Pero es que la pretensión de la Iglesia es otra: la Iglesia está convencida de que, como comunidad de seguidores de Jesús, realiza lo esencial que Él hizo y que constituye su misión: Jesús es el único salvador de los hombres, pero su salvación llega a las diversas épocas de la historia a través de la Iglesia. La Iglesia enseña lo que Cristo enseñó y en ella está depositada la fuerza –la gracia– para poder vivirlo. Esto se realiza sobre todo por la predicación de la Palabra y por la vivencia de los sacramentos: la verdad y la gracia no están vinculadas de modo determinante a la virtud de los cristianos, sino a la santidad de Cristo y a la fuerza de su Espíritu, de manera que, como afirmaba San Agustín, “si Pedro bautiza, el Espíritu bautiza; si bautiza Judas, el Espíritu bautiza”. Los errores y los defectos no se justifican, como no se justifican en ningún ámbito de la vida humana. Mas a pesar de todos los defectos, el tesoro está ahí, y el sacerdote más pecador puede perdonar mis pecados y estarán perdonados, y puede consagrar la Eucaristía, y ahí estará Cristo.

Los cristianos de los primeros siglos solían acudir a una imagen para explicar la relación entre Cristo y su Iglesia. Esta imagen es la del sol y la luna. Así como la luna refleja la luz del sol, así la Iglesia debe reflejar la luz de Cristo. La luz no es suya sino del sol, ella sólo es un espejo. Lo que ocurre es que no siempre refleja la luz del mismo modo: sólo si está –y en la medida en que esté –del todo vuelta hacia Cristo podrá reflejar intensamente la luz y según toda su propia capacidad, aun cuando ni siquiera entonces podrá reflejar a Cristo en todo el esplendor que Él posee.

Jesús no puede responder al deseo de felicidad del ser humano si éste decide de antemano la imposibilidad de que Dios pueda hacerse compañero de camino.

Si este camino no está cerrado, si hay un resquicio por el que mirar esta posibilidad sin escandalizarse, entonces ya sólo queda hacer la prueba.



“
”
**Cardenal
Ratzinger**

La luna resplandece, pero su luz no es suya sino de otro (...). Yo estoy en la Iglesia porque creo que hoy como ayer, e independientemente de nosotros, detrás de nuestra Iglesia vive su Iglesia, y no puedo estar cerca de Él si no es permaneciendo en su Iglesia. Yo estoy en la Iglesia porque a pesar de todo creo que no es en el fondo nuestra sino suya.



El camino comunitario de la experiencia

“Al día siguiente estaba Juan [el Bautista] con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: <<Éste es el Cordero de Dios>>. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les pregunta: <<¿Qué buscáis?>>. Ellos le contestaron: <<Rabí (que significa maestro), ¿dónde vives??>>. Él les dijo: <<Venid y veréis>>. Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima” (Jn 1, 35-39)

La experiencia del encuentro con Jesús sigue siendo el punto de partida, la puerta de entrada al cristianismo. Juan y Andrés, los apóstoles que acogieron el llamado de Jesús “Venid y veréis” no olvidaron jamás el día en que lo conocieron: se acordaron muchos años después de aquel acontecimiento, guardaron incluso la memoria de la hora en que se produjo. La humanidad de Jesús los interpeló, despertó en ellos su propia humanidad. Algo vieron en Jesús que les llevó a dar el paso y confiar e ir allí donde Él vivía. Porque el encuentro con Jesús cambió sus vidas, y su propia humanidad se volvió una humanidad distinta, luminosa, pudieron comunicar a otros, en los años posteriores a la muerte y Resurrección de Jesús, eso que ellos mismos habían experimentado. Y otros, a través de ellos conocieron también a Jesús, y supieron pasar a los que venían detrás el testimonio. Y aquello que sucedió en aquella “hora décima”, ha llegado hasta nuestros días, pasando el relevo, el mismo Cristo, en aquello que conocemos como Iglesia.

Cualquier otro acercamiento al cristianismo, como curiosidad histórica u objeto de estudio, no llegará a dar con la esencia del Acontecimiento. Sólo queda un camino para el que quiera ir al corazón del cristianismo.

“Venid y veréis” (Jn. 1, 37)

LA IGLESIA: CÓMO ENCONTRAR A JESÚS HOY

¿Hace la Iglesia lo que hizo Cristo?

Jn 1, 35-39

“Al día siguiente estaba Juan [el Bautista] con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: <<Éste es el Cordero de Dios>>. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les pregunta: <<¿Qué buscáis?>>. Ellos le contestaron: <<Rabí (que significa maestro), ¿dónde vives??>>. Él les dijo: <<Venid y veréis>>. Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima”



<< Venid y veréis >>

